

Mis primeros contactos con bibliotecas: recuerdos de una lectora empedernida

Ana BUENO MARTÍNEZ

Desde que aprendí a leer, sobre los cinco o seis años, guardo memoria de mis primeros libros, como “El Catón” (aquellos de “ama, una, dedo, duda, fina...”) y el “Para mi hijo”, que constaba de unos cuantos: el de la Madre (“dime luz de mis ojos, corazoncito mío, quiero que estés a mi lado...”), “El indio goloso”, “Los pajaritos”. No he vuelto a verlos más.

En “la casita” (guardería de la época), como yo leía bien, me encajaron la lectura en voz alta de un “libro gordo”. Tenía unos párrafos muy extensos. Como no entendía nada de lo que leía me *chichaba* y Sor Remedios me daba con la chasca en la cabeza y me hacía retroceder al principio.

Ya de mayor, preguntando a mis compañeras de clase qué era aquel ladrillazo, me dijeron que se trataba de *El Quijote*. Este libro lo terminaría de leer antes de cumplir los quince años, aunque tardé mucho tiempo porque lo leía en pequeñas dosis.

En casa siempre había libros. Mi madre y mi abuela nos leían o nos contaban cuentos de Calleja, Andersen, Perrault, Grimm y otros. Recuerdo de aquella época “Genoveva de Brabante” y “Rosa de Tanemburgo”. Vivimos en la plazuela de San José desde el año 34 al 46.

Mi primer contacto con una biblioteca fue en “los corazonistas” sitios en San Fermín de Aldapa. Un día nos dijo un fraile que tenían biblioteca y que nos podían prestar libros para llevar a casa, leerlos y devolverlos. A mi madre, que siempre fue una asidua lectora, le pareció de perlas. El primer libro que saqué (debía de ser en 1941 o 1942) fue “Gulliver en el País de los Enanos”. Nosotros clasificábamos los libros en dos grupos: cuentos y “libros gordos”. Mi madre cogía siempre para ella de “los gordos”. Se pagaba una perra por los infantiles y ochena por los de adultos (5 y 10 céntimos respectivamente). El préstamo se hacía para quince días.

En el cuarto de mis hermanos había unas estanterías hasta el techo con libros. Como yo leía bastante, empecé a leerlos y descubrí un filón. Había títulos y autores como Alejandro Dumas, Víctor Hugo y Unamuno. Un poco a escondidas fui leyendo “Los tres mosqueteros”, “La dama de las camelias”, “La tía Tula”, “Los miserables”, que, por cierto, este último me impresionó mucho.

Solíamos ir por entonces a Jesús y María, que regentaban los jesuitas. El padre Ortiz de Zárate a las del coro nos daba unos libricos para leer. Un día nos dijo que tenían una biblioteca y que si queríamos nos prestarían libros. Como estos no cobraban nada, nos pasamos de inmediato a esta biblioteca que estaba instalada en un piso alto, por encima de la iglesia. Era más amplia



y tenía muchos más libros que la de los corazonistas. Al decirle al padre lo que yo ya había leído, me dijo que algunos de esos libros estaban en el “Índice”. Yo no entendía nada, y en casa tampoco. El índice para nosotros era la ordenación que ponían en los libros indicando los capítulos. Entonces, el padre, de vez en cuando, nos escogía los libros. Leí a Julio Verne, Salgari, J. M. Pereda, Sabatini. En esa biblioteca sacamos libros hasta 1946.

Hablando con unos amigos mayores sobre el tema de las bibliotecas, me dijeron que en el desván del palacio del siglo XVIII de los señores de Górriz, situado en la calle Zapatería 50 (hoy delegación del PNV), tenían amontonados muchos libros y los tutelaba un catedrático valenciano que vivía en Pamplona. Este señor prestaba libros para leer en casa.

Desgraciadamente, hubo un tiempo en el que el lema era “viva la muerte, abajo la cultura”, ¡qué terrible! Gracias a Dios, el buen sentido de algunas personas, que no compartían semejante barbaridad, hizo que se salvaran muchos libros que estuvieron condenados a ser quemados.

150

También había bibliotecas a las que se podía ir a leer o a investigar: el Archivo de la Catedral; el Archivo de la Diputación; la biblioteca del Ayuntamiento de Pamplona; la biblioteca de la Casa del Pueblo (en la calle de la Merced hasta 1936); la biblioteca del Diario de Navarra; el Centro Mariano; el colegio de Huarte en la calle Mayor; Educación y Descanso.

A mediados de los años cincuenta se abrió una biblioteca en la Casa de la Providencia, antiguo Seminario. Prestaban libros para casa y me tocó leerlos y repartirlos durante algún tiempo. En el año 57 se abrió una biblioteca en la parroquia de San Miguel donde se prestaban libros. Allí colaboré repartiendo libros los domingos por la mañana. Como anécdota, relataré muy brevemente los inicios de esta biblioteca. En aquellos años las hermanas Erviti se presentaron al concurso “Avecrem llama a su puerta” y fueron a Barcelona. Ganaron y recibieron como premio una enorme cantidad de libros que donaron a la parroquia. La editorial Aramburu y varios parroquianos también colaboraron para aumentar las existencias de esta biblioteca parroquial.

En el año 1985 mi hija María Pilar preparaba la tesina de su licenciatura sobre la historia de la exposición artística en Pamplona entre 1940 y 1980. Sólo había constancia de esto en los periódicos. Así que me hice investigadora del Archivo



General de Navarra, en Carlos III, con el carné número 92, con validez sólo para un año. Estuve haciendo de “negro” en este Archivo durante tres meses. Al principio el ordenanza que me sacaba los volúmenes de periódicos me miraba con sorna. Se conoce que yo no tenía el mismo aspecto sesudo que los señores que acudían allí, y a los que él prefería atender antes que a mí. Con el tiempo, al ver que yo no levantaba la cabeza de la lectura, me reconoció y casi nos hicimos amigos.

En el año 86 saqué la tarjeta de lector de la Biblioteca General de Navarra, servicio de préstamo, valedera para dos años. Cuando caducó ya no la renové. Ahora soy lectora de la biblioteca de Barañáin y acudo a las tertulias literarias de esta biblioteca donde comentamos las obras leídas.

Muchos de mis conocimientos los he adquirido en los libros, que considero mi principal fuente de cultura. En el teatro también he tenido una gran actividad *amateur*, donde cultivé la palabra dicha con la lectura de los autores dramáticos.